
ACTO QUINTO.

ESCENA PRIMERA.

Chipre: una calle.

Entran YAGO y RODRIGO.

- YAGO. Ocúltate detrás de aquella esquina.
Pronto vendrá. Tu acero desenvaina;
Y... al corazón: no temas. Estoy cerca.
Esto nos salva ó pierde; por lo tanto,
Resolución enérgica te anime.
- RODR. Hállate cerca por si marro el golpe.
- YAGO. Junto á tí. Ten valor. Tu puesto ocupa.
(Se retira.)
- RODR. No tengo devoción hacia esta hazaña,
Á pesar de tan sólidas razones...
¡Un hombre menos es! Desenvainemos.
Debe morir. (Se retira á su puesto.)
- YAGO. Este infeliz postema
Á fuerza de frotar por fin se irrita.
Que á Casio mate, ó que lo mate Casio,
O recíprocamente que se maten,

Yo gano siempre. Si Rodrigo vive,
 Me hará restituir dinero y joyas
 Y cuanto hurtado tengo, so pretexto
 De entregar á Desdémona en su nombre.
 No debe ser. Si Casio prevalece,
 La constante belleza de su vida
 Á mí me afea; y, además, el Moro
 De mí le puede hablar. ¡Es grave riesgo!
 Debe morir. Sí tal. Aquí se acerca.

Entra CASIO.

RODR. Sus pasos oigo. Él es. ¡Villano, muere!
 (Sale y ataca á Casio.)

CASIO. Mi enemigo mortal fuera ese golpe
 Si más fuerte gabán del que imaginas
 No gastara. Probemos, pues, el tuyo.
 (Desenvaina y hiere á Rodrigo.)

RODR. ¡Ay, muerto soy!
 (Yago cautelosamente hiere á Casio, y vase.)

CASIO. ¡Lisiado y para siempre!
 ¡Eh, favor! ¡Asesinos! ¡Asesinos! (Cae.)

Entra OTELO á distancia.

OTELO. Es Casio: Yago su palabra cumple.

RODR. ¡Oh, cuán infame soy!

OTELO. ¡Verdad es eso!

CASIO. ¡Eh, favor! ¡Hola! ¡Luz! ¡Un cirujano!

OTELO. ¡El es! Yago, valiente, honrado y justo,
 Que así del mal te cuidas de tu amigo,
 Tú me enseñas. Mozuela, muerto yace
 Ahí tu querido; y tu funesta suerte
 Gritando «Meretriz» á tí se acerca.
 De mi pecho la magia de tus ojos
 Despareció. Tu lecho mancillado

Con sangre impura quedará regado.

(Vase Oteló.)

Entran LUDOVICO y GRACIANO á distancia.

CASIO. ¿Y la ronda? ¿No hay nadie que me ampare?
¡Asesinos! ¡Favor!

GRAC. El caso es serio.
Y es angustioso por demás el grito.

CASIO. ¡Favor!

LUD. ¿Oís!

RODR. ¡Villano miserable!

LUD. Dos ó tres gritan. Noche oscura es esta;
Y acudir á esos gritos no es prudente
Sin otro auxilio.

RODR. ¿Nadie me socorre?
Me voy á desangrar.

(Entra Yago con una luz.)

LUD. ¿Oís?

GRAC. Se acerca

Uno con luz allí medio vestido.

YAGO. ¿Quién es? ¿Quién vocifera que lo matan?

LUD. No lo sabemos.

YAGO. ¿Mas gritar no oísteis?

CASIO. Llegad. Llegad, por Dios, y socorredme.

YAGO. ¿Qué pasa?

GRAC. Me parece que de Oteló

Es el teniente.

LUD. El mismo bravo mozo.

YAGO. ¿Quién sois que así gritáis tan angustiado?

CASIO. Yago, herido me ves por gente infame:
Auxíllame tú.

YAGO. ¡Jesús! Teniente,

¿Dónde están los malvados que esto hicieron?

CASIO. Uno debe de andar por aquí cerca,

Porque no puede huir.

- YAGO. ¡Viles traidores!
¿Estáis aquí?—Llegad y dadme auxilio.
- RODR. ¡Ay! ¡Socorredme!
- CASIO. Aquél debe ser uno.
- YAGO. ¡Asesino! ¡Villano! (Yago hiere á Rodrigo.)
- RODR. Yago infame.
¡Oh, perro vil!
- YAGO. ¿Asesinar á oscuras?—
¿Adónde se han metido estos ladrones?
¡Qué silenciosa la ciudad se halla!
¡Eh, favor! ¡Asesinos!—¿Quién se acerca?
¿Es para bien ó para mal?
- LUD. Juzgadnos
Después de conocernos.
- YAGO. ¿Ludovico?
- LUD. El mismo.
- YAGO. Perdonadme. Casio es ése,
A quien malvados han herido.
- GRAC. ¡Casio!
- YAGO. ¿Cómo va, compañero?
- CASIO. Dividida
Mi pierna está.
- YAGO. ¡No lo permita el cielo!
Señores, luz. Con mi camisa venda
Os haré.

Entra BLANCA.

- BLAN. ¿Qué ha ocurrido? ¿Quién gritaba?
- YAGO. ¿Que quién gritaba?
- BLAN. ¡Mi querido Casio!
¡Mi dulce Casio! ¡Oh, Casio, Casio, Casio!
- YAGO. Notoria meretriz. ¿Tenéis sospechas,
Casio, de quiénes son los que os hirieron?

CASIO. No.

GRAC. Mucho siento hallaros cual os hallo.
En vuestra busca fui.

YAGO. ¡Dadme una venda!
Así: venga un sillón y á conducirlo
Con cuidado.

BLAN. ¡Dios mío! ¡Se desmaya!
¡Ay, Casio, Casio, Casio!

YAGO. Caballeros,
Sospecho que esta moza tiene parte
En el caso. Tened paciencia, Casio.
Vamos, venga una luz.—Pero ¿esta cara
Es conocida ó no? ¡Jesús! ¡Mi amigo!
Rodrigo, mi paisano. No: ¡seguro!
¡Rodrigo, cielos, es!

GRAC. ¿El de Venecia?

YAGO. El mismo, sí, señor. ¿Le conociais?

GRAC. ¿Conocerlo? Sí tal.

YAGO. Señor Graciano,
Perdón os ruego. Tan sangrientos lances
De no haberos aun visto que me excusen.

GRAC. Me alegra mucho el veros.

YAGO. ¿Qué tal, Casio?
Una silla traed, ¡silla!

GRAC. ¡Rodrigo!

YAGO. ¡Él! ¡Él! ¡Él es!—Bien dicho; sí, la silla.

(Traen una silla.)

Que con cuidado alguna buena gente
Lo conduzca de aquí: yo al cirujano
Veré del general. Tú, señorita, (A Blanca.)
Ese trabajo ahorra. Casio, el muerto
Que ahí yace era mi amigo. Entre vosotros,
¿Qué motivos de quejas existían?

CASIO. Ninguno; ni conozco á ese sujeto.

YAGO. (A Blanca.) ¿Qué es eso, palideces?—Dadle aire.

(Se llevan á Casio y á Rodrigo.)

Deteneos, señores. Señorita,
¿Palideces? Mirad cuál se retrata
El espanto en sus ojos: si así miras,
Sabremos más después: vedla despacio;
Miradla por favor: ¿la veis, señores?
El crimen habla sin usar la lengua.

Entra EMILIA.

EMIL. ¡Ay Dios! ¿Qué ocurre, esposo, dí, qué ocurre?

YAGO. Entre tinieblas atacado Casio
Fué por Rodrigo y otros que se huyeron.
Malherido él está: muerto Rodrigo.

EMIL. ¡Ay, pobre caballero! ¡Pobre Casio!

YAGO. Y todõ es por mocëar. Pregunta
Dónde, Emilia, cenó Casio esta noche.
¿Tiemblas de oirlo, dí? (A Blanca.)

BLAN. Cenó conmigo;
Mas no por eso tiemblo.

YAGO. ¿Conque es cierto?
Te ordeno que me sigas.

EMIL. ¡Noramala!
La mozueta!

BLAN. Mozuela no me llamen;
Honrada soy cual la que así me insulta.

EMIL. ¡Cual yo! ¡Sí! ¡Noramala!

YAGO. Caballeros,
Vamos á ver curar al pobre Casio.—
Cuéntanos otro cuento, señorita.—
Tú ve á la ciudadela, Emilia, al punto,
Y á los amos dirás lo que ha ocurrido.
¿Queréis guiar? (Aparte.) Mi triunfo asegurado
Miro esta noche, ó me veré arruinado. (Vanse.)

ESCENA II.

Una alcoba en el castillo.—Desdémona en el lecho dormida.
Una lámpara encendida.

Entra OTELO.

OTELO. Lo exige el caso, corazón: el caso
Jamás os lo diré, castas estrellas:
Lo exige el caso. Mas verter no quiero
Su sangre yo, ni lacerar su cutis,
Más blanco que la nieve y más süave
Que cincelada efigie de alabastro.
Pero debe morir, no engañe á otros.
Apagaré la luz, y de seguida
Tu luz apagaré. Si á tí te apago,
Flamígero ministro, restaurarte
Puedo la antigua luz, arrepentido.
Mas si te apago á tí, noble dechado,
Tú, de trascendental naturaleza,
¿En dónde el fuego hallar de Prometeo
Que aquella luz espléndida reanime?
Arrancada esa rosa, no me es dado
Nuevo aliento vital comunicarle;
Marchita la veré. Su aroma ansío
En la planta aspirar. ¡Oh dulce aliento! (Besándola.)
A que rompa su espada la justicia
Tratas de persuadir. ¡Aun otro! ¡Aun otro!
Difunta yaz así, que he de matarte,
Y te amaré después. ¡Aun otro!—¡Basta!
Nada fué tan funesto ni tan dulce.

Fuerzas llorar. ¡Oh lágrimas feroces!
 ¡Como el del cielo mi dolor, que hiere
 Allí donde más ama!—Se despierta.

DESD. ¿Quién? Otelo, ¿eres tú?

OTELO. Yo, sí, Desdémona.

DESD. ¿Vienes, señor, al lecho?

OTELO. ¿Has rezado Desdémona, esta noche?

DESD. Sí, señor.

OTELO. Si recuerdas algún crimen
 Que el cielo no te tenga perdonado,
 Solicita su gracia en este instante.

DESD. ¿Qué implican tus palabras, dueño mío?

OTELO. Nada: reza y acaba; mientras tanto
 Yo pasearé. Sin preparar no quiero
 Tu espíritu matar, no, ¡Dios me libre!
 ¡No te quisiera yo matar el alma!

DESD. ¿Hablas tú de matar?

OTELO. Sí.

DESD. Pues entonces,
 De mí tened misericordia, cielos.

OTELO. Con todo el corazón Amén te digo.

DESD. Si eso dices, acaso no me mates.

OTELO. ¡Hum!

DESD. Pero me haces temblar. Cuando tus ojos
 Así giran, fatal es su mirada.

Por qué tiemblo no sé; culpa ninguna
 Me reconozco, mas temblar me siento.

OTELO. En tus pecados piensa.

DESD. Son amores
 Que á tí me atraen.

OTELO. ¡Sí! ¡Por eso mueres!

DESD. Es muerte atroz que por amor se mate.
 ¡Ay Dios! ¿Por qué te muerdes así el labio?
 Saña feroz tu entero sér agita,

Tristes presagios...; mas espero, espero
Que no son contra mí.

OTELLO. Silencio y oye.

DESD. Sí, sí, ¿qué pasa?

OTELLO. Regalaste á Casio

Aquel pañuelo predilecto mío
Que yo te dí.

DESD. Lo juro por mi alma:
No es verdad; que aquí venga y atestigüe.

OTELLO. En tu lecho de muerte estás, ¡cuidado,
Alma gentil, cuidado! ¡No perjures!

DESD. ¿Y en este instante he de morir?

OTELLO. Sí, pronto.

Francamente confiesa, pues, tu culpa.
Denegar lo que sé con juramentos
La convicción ni mata ni sofoca
Que me obliga á lanzar hondos gemidos.
Es preciso que mueras.

DESD. Pues entonces

De mi tened, ¡oh Dios! misericordia.

OTELLO. Amén te digo yo.

DESD. ¡Tú también tenla!

No te ofendí jamás en esta vida.
A Casio nunca amé: sólo el cariño
Le tuve yo que el cielo nos permite:
Jamás prenda le dí.

OTELLO. ¡Viven los cielos!

Mi pañuelo yo he visto entre sus manos.
¡Oh perjura! Mi pecho petrificas,
Y lograrás que asesinato llame
Lo que quise que fuera sacrificio.
El pañuelo ví yo.

DESD. Lo halló sin duda,

Jamás lo regalé. Que venga al punto

Y la verdad confiese.

- OTELO. Ha confesado...
- DESD. ¿Qué, señor?
- OTELO. Que pagaste sus favores.
- DESD. ¿Indignamente?
- OTELO. Sí.
- DESD. Que lo repita.
- OTELO. El noble Yago ya selló su boca.
- DESD. ¡Oh, mis temores hablan! ¿Dime, ha muerto?
- OTELO. Si vidas todos sus cabellos fueran,
Mi venganza feroz las devorara.
- DESD. ¡Vendido fué, gran Dios, y yo perdida!
- OTELO. Aparta, infame; ¿y ante mí lo lloras?
- DESD. Sepárame de tí, mas no me mates.
- OTELO. ¡Infame, quita!
- DESD. Mátame mañana,
Pero esta noche no.
- OTELO. Si forcejeas...
- DESD. Media hora no más.
- OTELO. Ya no es posible.
- DESD. Deja que rece una oración.
- OTELO. Es tarde. (La ahoga.)
- EMIL. (Dentro.) ¡Señor, señor, señor!
- OTELO. ¿Qué ruido es ese?
¿No está muerta? ¿No está del todo muerta?
Yo, tan cruel, misericordia tengo.
No quiero que prolongues tu agonía.
Chito, chito.
- EMIL. (Dentro.) ¡Señor, señor!
- OTELO. ¿Quién llega?
- EMIL. (Dentro.) ¡Oh buen señor, decir cuatro palabras!
- OTELO. Emilia, sí. Después.—Está difunta.—
La muerte á referir vendrá de Casio.
Mucho gritaron.—¡Ah, ya no se mueve!

¡Como la tumba!—¿Dejaré que pase?
 ¿Es conveniente?—Que se mueve creo.
 No.—¿Qué debo de hacer? Si aquí penetra,
 Hablará á mi mujer sin duda alguna.
 ¡Mi mujer! ¡Mi mujer! ¡Mujer no tengo:
 No tengo ya mujer! ¡Oh, insoportable
 Hora crüel! Acaso inmenso eclipse
 De sol y luna impera, y, asombrada,
 La tierra de pavor se desmorona.

EMIL. (Dentro.) Mi buen señor, hablar con vos deseo.

OTELO. Me olvidaba de tí; mas entra, Emilia.

Silencio. Luego. Las cortinas corro.

¿Dónde te hallas, dí? (Abre la puerta.)

¿Qué se te ofrece?

EMIL. ¡Ah, señor, un horrible asesinato
 Se ha cometido!

OTELO. ¿En este mismo instante?

EMIL. En este instante.

OTELO. Es error de la luna, que á la tierra
 Más que lo de costumbre se aproxima,
 Y enloquece á los hombres.

EMIL. Casio ha muerto
 A un joven veneciano, á un tal Rodrigo.

OTELO. ¡Rodrigo muerto y muerto Casio!

EMIL. Casio,
 Muerto no está.

OTELO. ¿Que no está muerto Casio?

Si es eso, asesinato, desentonas,
 Y ronca estás, dulcísima venganza.

DESD. ¡Oh, vilmente, vilmente asesinado!

EMIL. ¡Ay Dios! ¿Qué grito ese?

OTELO. ¿Cómo? ¿ése?

EMIL. ¡Ay Dios! la voz de mi señora es ésa.
 ¡Favor! ¡Favor! ¡Favor! Hablad, señora

¡Desdémona querida! ¡Dulce ama!
Hablad.

DESD. Nuero inocente.

EMIL. ¿Quién tal hizo?

DESD. Nadie; yo misma, adiós; que me recuerdes
A mi señor; adiós.

OTELO. ¿De qué manera
Asesinada fué?

EMIL. ¡Qué horror! ¡Quién sabe!

OTELO. ¿Le escuchaste decir que yo no he sido?

EMIL. Eso dijo, y decir verdad me toca.

OTELO. Al descender á los infiernos miente:
Yo fui quien la mató.

EMIL. Por eso mismo,
Tanto más ángel ella. Vos más negro
Luzbel por eso mismo.

OTELO. Su decoro
Manchó, vil meretriz.

EMIL. Calumnia es esa
De vos, Luzbel.

OTELO. Fué falsa cual el agua.

EMIL. Violento, cual el fuego, vos pensando
Que falsa fué. Fué como el cielo pura.

OTELO. Era Casio su amante: que lo diga
Tu marido si nó. De los infiernos
En lo más insondable mereciera
Mi condena sufrir, si justa causa
No me hubiese á este término inducido:
Sabe tu esposo la ocurrencia toda.

EMIL. ¡Mi esposo!

OTELO. Sí; tu esposo.

EMIL. ¿Que ha faltado?

OTELO. Con Casio, sí. ¡Que fiel permaneciera,
Y aunque el cielo otro mundo me brindara

De crisólito límpido y perfecto,
No la trocara yo por él!

EMIL. ¡Mi esposo!

OTELO. Fué tu esposo el primero en descubrirlo:
Hombre de bien, á quien repugna el barro
Que á las inmundas prácticas se adhiere.

EMIL. ¡Mi esposo!

OTELO. Pero dí, ¿por qué repites
Mis palabras, mujer?

EMIL. Ama querida,
Del amor la vileza se ha burlado.
¡Que no era honrada asegurar mi esposo!

OTELO. Él, sí, mujer: tu esposo, sí: mi amigo,
Y tu esposo. El honrado, honrado Yago.

EMIL. Si eso afirmó, que su alma perniciosa
Se pudra medio adarme cada día.
Mintió su corazón. Exageraba
Ella el valor de su asqueroso pacto.

OTELO. ¡Ah!

EMIL. Arrostro vuestra furia.
Tan indigna del cielo es vuestra hazaña
Cual de ella indigno vos.

OTELO. Mejor que calles.

EMIL. El poder de dañarme que os anima
No iguala á mi poder de sufrimiento.
¡Necio! ¡Imbécil! ¡Menguado más que fango!
Lo que hicisteis... ¿Qué importa vuestra espada?
Diré quién sois... ¡perdiera veinte vidas!
¡Favor! ¡Favor! ¡Favor! Á mi señora
Ha dado muerte el Moro. ¡Al asesino!

Entrán MONTANO, GRACIANO y YAGO.

MONT. ¿Qué ocurre, general?

EMIL. Yago, celebros

Que vengas. ¿Qué haces tú que hay quienes quieren
Sus crímenes echar sobre tus hombros?

GRAC. ¿Qué ocurre?

EMIL. Si eres hombre, á ese villano
Desmiente ya, pues dice que dijiste
Que le era infiel su esposa. Que no es cierto
Lo sé yo. No eres tú sér tan infame.
Habla: mi corazón de angustia estalla.

YAGO. Lo que pensaba dije, y dije sólo
Lo que él halló verdad y vió patente.

EMIL. ¿Mas que era desleal tú le dijiste?

YAGO. Sí tal.

EMIL. ¡Mentira fué! ¡Mentira odiosa!
¡Mentira infame! ¡Vive Dios! ¡Mentira!
¡Mentira vil! ¿Con Casio, dí? ¿Con Casio?

YAGO. Con Casio, sí señora. Ten la lengua.

EMIL. No callaré. Precisa que yo hable.
Allí, sobre su lecho, asesinada
Á mi señora ved.

TODOS. ¡Dios nos asista!

EMIL. Asesinada fué por causa tuya.

OTELO. Es la verdad; no os asombréis, señores.

GRAC. ¡Rara verdad!

MONT. ¡Hazaña monstruosa!

EMIL. ¡Infamia, infamia, infamia!—Lo recuerdo.
Llegué á pensar... á barruntar.—¡Infamia!
Entonces lo pensé; morir de pena
Es fuerza. ¡Infamia!

YAGO. Dí, ¿te has vuelto loca?
Irte á casa te mando.

EMIL. Caballeros,
Dejadme hablar. Obedecerle es justo,
Pero no en este instante. Ser pudiera
Que no tornase más á casa, Yago.

OTELO. ¡Oh, oh, oh! (Cayendo sobre el lecho.)

EMIL. Sí, sí tal, á tierra y ruge.

La más dulce criatura asesinaste
Que al cielo alzó los ojos.

OTELO. Era impura.

(Á Graciano.)

No os he visto, señor. Vuestra sobrina,
Cuyo aliento estas manos ahora mismo
Acaban de apagar, allí se encuentra.

GRAC. ¡Sé que horrible y feroz juzgáis mi hazaña!
¡Desdémona infeliz. ¡Oh, que tu padre
Falleciera es un bien! Tu casamiento
Causó su muerte, y su letal angustia
El hilo al fin cortó de su existencia.
Viviendo, este espectáculo le haría
Un acto cometer desesperado,
Y maldecir al ángel de su guarda
En la impiedad sumido.

OTELO. ¡Trance crüel! Mas bien á Yago consta
Que ella con Casio me faltó mil veces.
Casio lo declaró. Su amante empeño
Recompensó con la primer ofrenda
Que le entregué, cual prueba y testimonio
De mi amor. En sus manos yo lo he visto.
Era un pañuelo, antiguo don, regalo
De mi padre á mi madre.

EMIL. ¡Santos cielos!

¡Oh santísimos cielos!

YAGO. ¡Vamos! ¡Calla!

EMIL. No tal: no tal. ¡Callar? No. Libremente
Hablaré como el Bóreas. Aunque el cielo,
Los hombres, y los genios infernales,
Y todos, todos, atajarme quieran,
He de hablar.

- YAGO. Sé discreta y véte á casa.
- EMIL. No me iré.
(Yago trata de herir á Emilia.)
- GRAC. ¡Qué vergüenza! ¡vuestro acero
Volver á una mujer!
- EMIL. ¡Oh torpe Moro!
Hallé vuestro pañuelo casualmente,
Y lo entregué á mi esposo, que á menudo,
Con más afán que el caso requería,
Rogó que lo robara.
- YAGO. ¡Vil ramera!
- EMIL. ¡Regalo de ella á Casio! ¡No por cierto!
Entregado por mí fué á mi marido.
- YAGO. Mientes, mujer inmunda.
- EMIL. ¡Dios me ampare!
No miento, no, señores. ¡Mentecato,
Asesino! ¡Qué aprecio hacer podía
Tal necio de mujer tan excelente?
(Yago hiere á Emilia y huye.)
- OTELO. ¿No hay piedras en el cielo mas que aquellas
Que con los truenos caen? ¡Vil canalla!
- GRAC. ¡Postrada la mujer! ¡Mató á su esposa!
- EMIL. ¡Ay Dios! Junto á mi ama colocadme.
- GRAC. ¡Huyó, mas á su esposa ha asesinado!
- MONT. Es un infame atroz. Tomad la espada
Que le he quitado al Moro. Que se guarden
Las salidas del fuerte, y que primero
Muerte le den que consentir su fuga.
De ese infame yo mismo voy en busca,
Que es un maldito esclavo. (Vase Montano.)
- OTELO. Yo tampoco
Valiente soy. Cualquier triste pigmeo
Mi espada usurpa. Mas ¿por qué la honra
Á la honradez sobrevivir pretende?

Váyase todo junto.

EMIL. ¿Qué auguraba,
Señora, tu canción? ¿Me oyes acaso?
Cantando moriré cual muere el cisne.
¡Oh sauce, sauce!—Moro, pura era.
Ella, Moro crüel, te idolatraba.
Es verdad; así Dios de mí se apiade.
Habla mi corazón, y muero... muero. (Muere.)

OTELO. Aún arma puedo hallar en este sitio.
Una espada española que templada
Fué del helado arroyo en la corriente:
Vedla aquí. Me es forzoso salir, deudo.

GRAC. (Dentro.) Caro si lo intentáis podrá costaros.
Sin arma, como estáis, seréis vencido.

OTELO. Venid á verme, pues, venid á oirme;
Ó iré hacia vos, como me encuentro, inerme.

Vuelve á entrar GRACIANO.

GRAC. ¿Qué ocurre?

OTELO. Contemplad: un arma tengo:
Mejor no la ciñó soldado alguno.
En ocasiones este débil brazo
Y esta excelente espada, mi camino
Me abrieron á través de más estorbos
Que veinte veces el estorbo vuestro.
Mas, ¡vano alarde! ¿Al sino quién resiste?
Pasó ya: no temáis al verme armado.
Mi jornada acabó. Mi fin es éste
Y el límite del mar de mi existencia.
¿Os apartáis de mí? ¡Vanos temores!
Contra el pecho de Oteló débil junco
Esgrimid, y veréis cual se retira.
¿Adónde Oteló irá?—¿Cuál, cuál ahora
Es tu expresión? ¡Criatura desgraciada!

Pálida cual tu veste! Al encontrarte
 En la otra vida, esa mirada tuya
 Arrojará del cielo al alma mía,
 Y las furias vendrán á arrebatarla.
 ¡Yerta, yerta, mi bien, cual tu pureza!—
 ¡Oh maldecido, maldecido esclavo!—
 ¡Oh genios infernales! expulsadme
 Del celeste espectáculo que gozo.
 Lanzadme al huracán: haced que arda
 En derretido azufre: sumergidme
 En golfos profundísimos de fuego.—
 ¡Desdémona, Desdémona! Sí, ¡Muerta!

Entran LUDOVICO, MONTANO, CASIO conducido en una
 silla, guardias y YAGO prisionero.

LUD. ¿Ese sér iracundo y desgraciado
 En dónde está?

OTELO. ¿Quién era Otelo? Vedle.

LUD. ¿Y esa víbora? Traigan al infame.

OTELO. Dejadme ver sus pies; fábula es esa:
 Si eres Luzbel, matarte es imposible.

(Hierne á Yago.)

LUD. Desarmadle. (Desarman á Otelo.)

YAGO. Me hirió, mas no me ha muerto.

OTELO. Ni lo lamento yo; mejor que vivas,
 Que es para mí felicidad la muerte.

LUD. ¡Otelo, vos, varón tan noble y justo,
 Preso en las redes de maldito esclavo!
 ¿Qué se dirá de vos?

OTELO. Lo que quisieren.
 Me llamarán, quizás, noble asesino.
 No por rencor obré, por honra solo.

LUD. El vil en parte confesó su infamia.
 ¿Concertasteis los dos matar á Casio?

- OTELO. Sí.
- CASIO. General, jamás os dí motivo.
- OTELO. Os creo, y el perdón de vos reclamo.
Preguntad á ese engendro del demonio
Por qué á traición cazó mi cuerpo y alma.
- YAGO. No preguntéis: sabéis lo ya sabido.
Ni una palabra más hablar pretendo.
- LUD. ¿Ni rezarás?
- GRAC. Quizás sus labios abra
El tormento.
- OTELO. ¡Vosotros sois los jueces!
- LUD. Señor, saber debéis lo que ha ocurrido
Que sin duda ignoráis. Ved una carta
Que al difunto Rodrigo han encontrado;
Y otra además. En una manifiesta
Cómo Rodrigo se brindó á dar muerte
A Casio.
- OTELO. ¡Oh, vil!
- CASIO. ¡Infame, descreído!
- LUD. Ved el otro inconexo documento
Hallado en su poder también ahora;
Y que Rodrigo á este maldito infame
Encaminar pensaba por lo visto.
Pero Yago, en el ínterin, astuto,
Lo despachó quizás.
- OTELO. ¡Vil miserable!
¿Cómo, Casio, adquiriste aquel pañuelo
Que era de mi mujer?
- CASIO. Lo hallé en mi alcoba,
Y él mismo, hace un momento, ha confesado
Que á un propósito suyo convenía
Dejarlo en aquel sitio.
- OTELO. ¡Necio! ¡necio!
- CASIO. En su carta, además, Rodrigo acusa

Á Yago de inducirle á molestarte
 Cuando de guardia me encontraba, origen
 De perder yo mi puesto; y ahora mismo,
 Ya muerto al parecer, habló diciendo
 Que Yago lo mató tras azuzarlo.

LUD. Esta alcoba dejad; venid conmigo;
 Que ya del mando y del poder os privan,
 Y Casio rige á Chipre. Con respecto
 Á ese vil sér, si la crueldad más fina
 Lo puede atormentar, no sólo mucho,
 Sino por largo tiempo, será suya.
 Prisionero quedáis vos mientras tanto
 Que conozca el gobierno de Venecia
 Lo ocurrido. Llevadle, pues, vosotros.

OTELLO. Tened. Oídme os ruego dos palabras.
 Presté ciertos servicios al Estado:
 Lo saben; basta, pues.— Al relatarse
 En vuestras cartas tan terribles hechos,
 Que habléis de mí como quien soy suplico.
 Ni me excuséis, ni me inculpéis tampoco;
 Y dē uno hablaréis forzosamente
 Que no amó cual discreto, sino mucho,
 Dē uno, tardo en recelar, que, herido
 Por la traición fué víctima de dudas;
 Dē uno que, cual indio miserable,
 Tiró, con torpe mano, perla hermosa
 De más valía que su entera tribu;
 Dē uno cuyos ojos ya sumisos,
 Aunque llanto verter apenas saben,
 Lágrimas hoy derraman tan aprisa
 Como su goma el árbol de la Arabia.
 Esto escribid: después podéis decirles
 Que una vez en Alepo, donde un turco
 Osó infame ofender á un veneciano

Y al Estado insultar, de la garganta
 Asegurando al perro circunciso,
 Lo mató de esta suerte. (Se hiere.)

LUD. Triste día.

GRAC. Lo dicho nada vale.

OTELO. Al yo matarte, te besé; por eso
 Ahora, al matarme, muero sobre un beso.
 (Muere.)

CASIO. Yo lo temí, mas lo juzgaba inerme.
 ¡Era un gran corazón!

LUD. ¡Perro espartano,
 Más crüel que el dolor, la mar y el hambre!
 Vé la trágica carga de ese lecho: (A Yago.)
 Es obra tuya. Tan terrible escena
 Emponzoña los ojos: ocultadla.
 Quedad aquí, Graciano, y de los bienes
 Del Moro apoderaos, pues son vuestros.
 A vos, señor Gobernador, os toca
 Castigar á este réprobo, ordenando
 Cuándo ha de ser, el sitio y la tortura.
 ¡Ah, sí! ¡Severo sed! Yo marcho á bordo.
 Mi deber al Estado á dar me lleva,
 Con triste corazón, la triste nueva.

FIN DE OTELO.